

No olvide usted
que para el primer
aniversario de

La Novela Semanal Cinematográfica

le preparamos

una sensacional



La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 52

25 cts.



EL
PRECIO
DE LA BELLEZA

por
María Provoost

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Redacción { Gran Via Layetana, 17
Administración { Teléfono, 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º 52

El Precio de la Belleza por MARIE PRÉVOST

Concesionario :: L. GAUMONT
Paseo de Gracia, 66 - Barcelona

Argumento de la película de dicho título

“La hermosura en una mujer puede ser una bendición para ella y para el hombre que posea su amor; mas si el hombre es débil y la mujer egoísta, esta hermosura será para ambos manantial de desilusiones, fracasos y desventuras.”

Eran las dos de la tarde de un día cualquiera de los que correspondían a la vida de soltero de cierto joven caballero inclinado a la holganza y al *dolce far niente*; era también su hora usual de desayunarse.

El «envidiable» mortal, Antonio Patch, podía considerarse un hombre afortunado. Amén de una renta no escasa, era el nieto único y «uni-

versal» de un anciano cargado de millones y alifafes, con un pie en este mundo y el otro en la tumba fría.

Antonio contaba entre sus más pegajosas amistades, á Ricardo Caramel, un autor dramático, siempre á caza de «situaciones»... y de alimentos fosfatados gratuitos; y á Maury Noble, otro artista quien, si hubiera un Premio Nobel para los vagos, sin ningún género de duda lo ganaría.

Aquel día, á las dos de la tarde, olfateando un nutritivo menú en casa del «niño bien», le fueron á visitar, con un pretexto naturalmente, perc un pretexto de los que tienen el poder de convencer á uno de lo contrario de lo á qué se le ha ido á ver. En efecto, he aquí lo que uno de los protegidos de las musas (?) le dijo á Antonio de buenas á primeras:

—Dice el periódico que tu abuelo va á «entregarla» de un momento á otro. Entérate, capitalista.

Antonio leyó el siguiente artículo:

• *«Adam J. Patch en gravísimo estado.»*

El boletín firmado por el médico de cabecera del conocido millonario no se ha hecho todavía público, pero se sabe que el estado de Adam J. Patch es desesperado y que un funesto desenlace...»

—¡Pésimas nuevas, chico!... Pero que no te harán derramar torrentes de lágrimas, ¿eh?

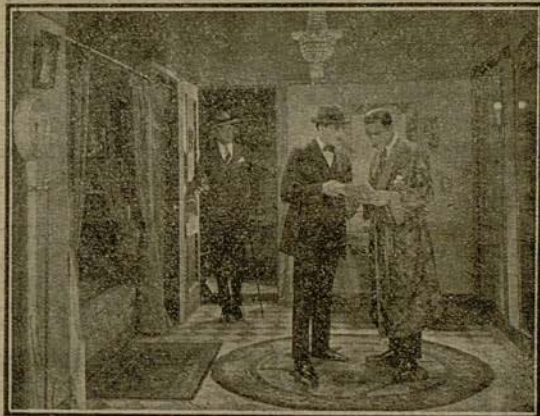
—Os equivocáis de medio á medio, muchachos. Deploro de veras la noticia. No he deseado nunca la muerte de mi abuelo... Con todos sus defectos es un hombre leal y bueno que no ha querido más que mi bien siempre...

—Entendido; sobran los comentarios. ¡No

pierdas un minuto! ¡Tu deber, tu deber imperativo y categórico, te llama ahora al lado de tu moribundo abuelo!

—Te va á ser muy difícil disculparte con Gloria si no asistes esta noche á la fiesta que da en su casa.

—Confío en que vosotros, si me fuera imposible acudir á la velada, sabréis disculparme



—Dice el periódico que tu abuelo va á «entregarla»...

enterando á Gloria de lo que me sucede. Hasta más ver, amigos; parto veloz... No quisiera llegar tarde.

Antonio separóse de Ricardo y Maury con inusitado apresuramiento que les causó el conguiente asombro. Sin embargo, este fué mayor cuando, contemplando los dos á un tiempo un

espléndido panorama, sintieron que sus pies eran movidos por una fuerza oculta que los empujaba hacia una mesa sobre la cual varios ricos bocados esperaban con aire resignado satisfacer el paladar del que le cupiese en suerte.

Los dos artistas consideraron con mucha razón que sería una verdadera lástima que por no haber tenido tiempo de probarlos Antonio, su simpaticote criado japonés tirara la abundante comida á la basura, y resueltamente se opusieron, comiéndosela ellos mismos.

Esa comida á dos resultó agradabilísima. ¡Qué lástima que el bienestar durase tan poco!

Uno de los amigos, gozándose con la suposición de que si Antonio *pasara á mejorar de situación*, ello redundaría en su favor, dijo al otro, no menos ilusionado por una risueña esperanza:

—En verdad que el viejo Patch daría pruebas de un buen gusto, oportunidad y decencia muriéndose ahora precisamente cuando Antonio espera casarse con la hechicera y manirrota Gloria.

El criado de Antonio no cesaba de repetir para sus adentros que los amigos de su amo eran unos frescos de marca mayor.

El literato Ricardo vió en el asunto que discutía con Maury, una magnífica situación para su trilogía «Mundo, Demonio y Chuletas», y lo apuntó. Pero por lo que más le interesaba apuntarlo era por las chuletas, que en lugar de comérselas, se las engullía por docenas.

Antonio habíase trasladado en auto á casa de su abuelo enfermo, y tan pronto llegó personóse en su dormitorio, donde no le halló como había supuesto encontrarle.

En efecto, Adam J. Patch, familiarmente conocido por «el viejo Cascarrabias» por su *dulcisima* disposición, platicaba con su notario que desde el primer día que hubo de guardar cama no se apartaba de su lado, y no daba ni por asomo señales de atravesar una peligrosa crisis en el curso de su enfermedad cardíaca.

Como que Antonio no tuvo tiempo de ocultar su extrañeza, su abuelo, que se pasaba de listo, se la notó y le dijo:

—¿Por qué me miras así? ¿Acaso te han dicho que yo me había muerto?...

—No, abuelo... Me alegro tanto de verle tan... tan bueno, sino que los periódicos trajeron alarmanes nuevas... Decían que... que...

—Decían... decían que me estaba muriendo ¿no?... Pues, exageraciones, chico. Siento que te hayas llevado chasco... ¡pero otra vez será!

—Qué cosas tiene usted, abuelo...

—Ya que estás aquí, tengo que decirte cuatro palabras. Precisamente mi notario y yo estábamos hace un momento hablando de tí. Quería preguntarte una cosa: ¿se ha presentado alguna vez por casualidad á tu mente la posibilidad más ó menos remota de ponerte á trabajar?

—¡Pero si estoy trabajando, abuelo!

—¿Me sería permitido inquirir acerca de la índole de tus actuales ocupaciones, nieto?

—¡Estoy escribiendo un compendio de la Historia de la Humanidad!

Antes de que el abuelo y el notario se repusieran del asombro que les había producido la noticia de Antonio, éste se lanzaba decidido y valeroso en el terreno de las explicaciones.

—Arranco desde los albores de la civiliza-

ción... trazo el proceso de la evolución... sigo al mono de especie en especie y de rama en rama... luego me meto con el hombre...

La peroración de Antonio duró tres horas y tan brillantes eran sus dotes oratorias que á poco de empezar á resumirles sus ideas, su abuelo y el notario dormían profundamente. No había para menos; ¡á quién se le ocurre seguir al mono de rama en rama!

El fracaso como conferenciante de Antonio no le dejaba á éste indiferente, pues se incomodó; sin embargo, desapareció el enfado al pensar que aun podía ir al baile que daba Gloria en su casa. Cuando se despertaran su abuelo y el notario, no sería menudo el chasco que recibirían al no ver á Antonio allí y suponer que se había marchado justamente herido en su amor propio.

Como antes al trasladarse á casa de su abuelo, Antonio se dirigió en un vuelo á la casa de Gloria.

Cuando Gloria Gilbert daba una fiesta, nadie enviaba «disculpas».

Gloria, adorablemente frívola, ávida de diversión é irresponsable como una brisa de primavera, solía acaparar todos los adjetivos en las crónicas de los salones...

Como un Júpiter de menor cuantía, Jacinto Blockman se dedicaba á forjar «estrellas» y á lanzarlas sobre los tablados de «Varietés».

Uno de los dos «íntimos» de Antonio, quienes, naturalmente, no faltaban á la fiesta, avisó á éste:

—¡Atención con Blockman! Un empresario

teatral es rival peligroso cuando la chica en pleito tiene amor á las tablas.

Antonio, celoso, se puso en guardia...

*
**

Ricardo, el autor dramático sin estrenar, estudiaba los caracteres de aquella sociedad que se divertía girando alegremente á su alrededor, y particularmente el caso de Gloria y Antonio y Blockman por medio. Era muy claro lo que ocurría: Gloria sabía que Antonio le tenía mucha inclinación; que el empresario era exquisito con ella; que, en fin, eran vanos los ruegos de los que pretendían ser escuchados por ella; y atendía á todos sin decidirse por ninguno.

El empresario Blockman se había separado de los demás invitados hacia una especie de galería, desde la cual se podía perfectamente admirar la amplia avenida en que estaba situada la casa, con Gloria, para hablarla de amores.

Gloria, coqueta, no se opuso á ello, amante como era de las galanterías.

—Ya sabe usted que la adoro, Gloria... y si se casa conmigo todas sus aspiraciones teatrales se verán plenamente realizadas.

—¡Oh, amigo mío... no pienso casarme en muchos... muchísimos años!...

Antonio, necesitando, para calmar su nerviosidad, interrumpir la «peligrosa» entrevista entre la frívola y el gavilán, se presentó ante ellos con mucha naturalidad, cual si hubiese buscado por todos los rincones del salón á

Gloria para solicitarle le concediera el cautivante vals que el terceto contratado para la fiesta empezaba á tocar.

Gloria, á quien la llegada de Antonio no estorbaba como á Blockman, y que parecía alegrarse de ello, causando mayor enfado al contratista de estrellas, dijo al «entrometido»:

—El señor Blockman está insistiendo para que actúe de «estrella» en una de sus obras...

—¡Ah!...

—...Y me pagará un sueldo tremendo, ¿verdad que sí, señor Blockman?

Antonio atrajo hacia sí á Gloria, y discretamente la llevó al salón para terminar el referido vals que le haría vivir unos minutos de incomparable dulzura y de amorosos escalofríos que el roce con ella sacudiría su cuerpo.

Mientras, el padre de Gloria, que acababa de sufrir gravísimos reveses de fortuna, veíase sumergido bajo un verdadero aluvión de facturas y cuentas impagadas. Como su hija no sabía nada de esto, podía, para el apurado padre, la fiesta continuar; que si no hallaba una pronta solución á su crítico balance, bien sabía lo que habría de hacer para librarse del angustioso vivir...

El empresario Blockman, por su parte, en vista de haber sido defraudado en su nueva tentativa de convencer á Gloria á que le atendiera en su petición de convertirla en «estrella», toda vez que eran tan vehementes sus deseos por pisar la escena, perdióse en el salón de baile, entre las numerosas parejas, para formar él otra á fin de aparentar, á pesar del interés que tenía por conquistar á Gloria, cierta indiferencia por la esterilidad de sus de-

seos, á lo menos hasta entonces, pues no se daba por vencido aún.

Antonio convino para sí mismo que no había que dejar *perder á Gloria, perdiendo la ocasión* de declarársele en regla, y desde que cesara el vals de la ilusión, murmuraba frases sencillas y bonitas al oído de la amada, en la misma galería en que la arrebatara poco antes á Blockman.

Gloria contestó, fingiendo estar gratamente emocionada:

—Creo, Antonio, que tu amor hacia mí te ciega. Soy la esencia misma de la vulgaridad. Estos bailes, estas cosas brillantes, frívolas y necias son para mí indispensables como el aire que respiro.

—¡No eres más que una muñequita deliciosamente ingenua que toma por realidades lo que no son sino espejismos ilusorios!... ¡Gloria, tesoro de mi vida! No soy rico ni puedo hacer de tí una «estrella»... ¡pero te amo, te amo y te amo! ¡Y es mi amor tan grande, que antes que renunciar á él prefiero cerrar para siempre estos ojos que contemplan el milagro de tu hermosura!

—¡Oh, Antonio, dices cosas tan bonitas!... ¿Es verdad que me quieres tanto? ¿Es cierto que te morirías si no te dijera sí?

Antonio hizo con la mirada un signo afirmativo; como imán irresistible apoderóse de la niña adorada y en la gloria de un beso prometió á Gloria su vida...

Aun con las mejillas arreboladas por efecto del momento que «se olvidaron» del mundo los dos enamorados, presentó Gloria, regresando, se supone, al salón, á sus amistades en gene-

ral, al hombre por quien había sido vencido su corazón: Antonio.

Hubo aplausos, muchos apretones de mano, besos... para ella... alguno, de alguna apasionada «sin cariño», tal vez le hubiera tocado en suerte á él si no se hubiese interpuesto Gloria.

Seguidamente después de esta presentación, Gloria fué, con su novio, al despacho de su padre (quien, por no asustar á su hija, cambió en lo posible por alegría la tristeza de su rostro) y le dijo, echándosele al cuello:

—Papaíto, recibe un alegrón... ¡Antonio se ha comprometido valientemente á descargarte de un peso tremebundo!

La nueva era para despertar á un extreme-maunciado fallecido y enterrado. ¡Ahí era nada librarle de una cuenta corriente que se le comía todas las ganancias sin poderle poner freno! A ello hay que añadir, para comprender en todo su alcance el valor de la noticia, que la situación crítica, mejor dicho desesperada del padre de Gloria, podría ir á este saneando gracias al prestigioso nombre del novio de su hija, el cual, á su vez, tenía el de su abuelo para escudarse. Eso, sin necesidad de que ellos mismos lo supieran, le permitiría renovar en el comercio los suprimidos créditos.

De modo que el noviazgo de Gloria y Antonio era un hecho. Sólo faltaba enterar al abuelo... y cualquier día irían á verle.

Algunos días después, visitó Antonio en compañía de Gloria muy ufano á su abuelo, para recabar su consentimiento y su aprobación. El «viejo Cascarrabias» los recibió con mucho cariño. En materia de amor no hubiese

querido nunca imponerse á la voluntad de su nieto, y aunque comprendiera que iba á cometer un error casándose, no teniendo ningún oficio y confiando únicamente en su escasa renta, con una linda muchacha (no podía negar que lo era) que tenía aire de saber y querer vivir entre sedas y rasos, no se permitió más reflexiones que la siguiente:

—De modo, jóvenes, que pensáis vivir los dos de una renta que no basta para uno solo, ¿eh? ¡Héroes sin igual en el mundo!

Gloria se encontraba á sus anchas en presencia del abuelo, apoyando su tranquilidad en su belleza, pero el viejo la hubiese preferido menos hermosa, menos despreocupada. En efecto, una prueba de su despreocupación la dió Gloria encendiendo un suave cigarrillo, estilo mujer moderna, delante del riguroso «Cascarrabias», que Antonio, enérgicamente, le quitó de la boca mientras el abuelo contemplaba, recordando tiempos lejanos, el óleo de su digna esposa, modelo de virtudes, y misteriosamente le pedía que su nieto fuese feliz... y que le tomase amor al trabajo. La mayor ilusión del anciano enfermizo, que resistía á su dolencia gracias á su robusta complexión, sería que Antonio se ocupase en algo que le asegurase el porvenir por sí mismo.

Bueno en el fondo, aunque su rostro fuera algo grave, el abuelo, millonario por su propio esfuerzo, no perdía la esperanza de que su nieto se enmendara, y le ofreció toda clase de facilidades para que realizara su deseo de casarse, reservándose para mejor ocasión que en los días de los preparativos, el insistir en su pretensión de verle trabajar. Así, pues, le dijo:

—Yo me casé en esta casa, lo mismo que tu padre. Podéis celebrar aquí la boda si vuestras ideas modernas no se horrorizan por el ambiente arcaico y anticuado que reina en esta casa.

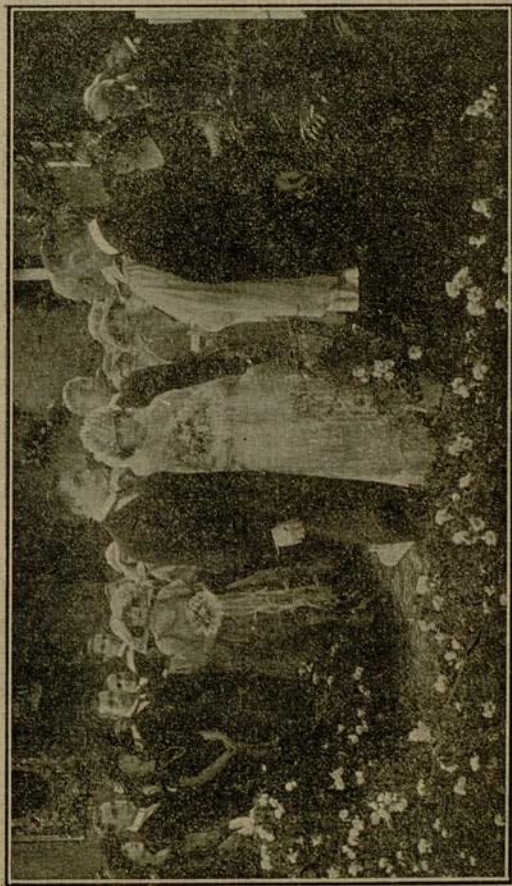
—¡Al contrario!—replicó Gloria, haciéndole unas monerías al abuelo, á quien no le parecían nada agradables—. Precisamente me encantán las cosas antiguas ¡Tienen un “cachet” adorable... Yo misma estoy educada á la antigua...

*
* *
*

Algún tiempo después, una vez más, se escucharon en la vieja mansión de los Patch los acordes solemnes de la Marcha Nupcial.. una marcha que calificó una vez de guerrera cierto ilustre cínico.

En el momento de aparecer la novia dispuesta para la ceremonia, el abuelo transmitió, vivamente afectado, con un enérgico y oculto apretón de manos, á su nieto, que estaba á su lado, besando á su futura con los ojos, toda la fuerza de voluntad para que, desde el instante sublime de su unión á Gloria, se considerase un hombre con un sagrado deber para toda la vida, y supiese serlo siempre.

El quisquilloso pero buen viejo pensaba que el mundo reserva muchos desengaños á los seres que no le miraron jamás cara á cara y que sólo se ocuparon de aprovecharse del sudor de sus antepasados, desengaños tanto más crueles cuanto más pronto desaparece ese sudor ó no alcanza á las necesidades creadas.



Algún tiempo después, una vez más, se escucharon...

Para esos seres, el abuelo era inflexible hasta negarles su compasión, y sólo la esperanza de que su nieto se detuviera á tiempo para reconquistar su estima en toda la acepción de la palabra, le libraba de pensar que tal vez se viera obligado á poner en práctica sus ideas...

Todo eso, con otras cosas más, agitóse en el cerebro del anciano, predominando las mágicas palabras, emblema de sus millones: *Amor y Trabajo*. Seguramente por haber pretendido defender con exceso en el seno de su familia ese lema, jamás igualado por otro que él, había merecido el apodo de «viejo Cascarrabias».

Los pensamientos de Antonio eran en toda ocasión, y mucho más en aquella de su matrimonio, muy distintos de los de su abuelo. ¡Ya lo creo que sí!

Cuando ya el lazo indisoluble unía las vidas de Antonio y Gloria, él la besó ruidosamente, repitiéndole intensamente feliz:

—¡Eres mi mujer... mi mujer adorada!

—No—dijo ella.— Mujer, no. ¡Es una palabra tan poco romántica! Vamos á ser los eternos novios... ¡los amantes más grandes de la historia!

¿Serían acaso Gloria y Antonio más sublimes que Oscar y Amanda, y Romeo y Julieta, y Pablo y Virginia?

En la vida no hay nada imposible... pero lo cierto era que Gloria, al empapar el aire de su deliciosa exclamación, no sabía lo que significaba para la mujer, ser casada.

Y después del dulcísimo empalago de la luna de miel, entraron en turno los sorbos amargos de la realidad, empezando entonces «los aman-

tes más grandes de la historia» á deletrear la prosa vil de la vida.

Poco era lo que Gloria tenía de mujer casada, y decimos poco por no ruborizarla despiadadamente delante de todos... Antonio sufría con toda la resignación posible los defectos de su mujercita; pero tantas veces va el cántaro á la fuente que al fin se rompe.

Cierta mañana, agrietóse seriamente el *cántaro* de Antonio, dando lugar á una escena impropia de unos recién casados.

—*¡Otra vez te apoderaste del último pañuelo limpio que quedaba!*

—¿Con qué querías que me secara los labios?

—¡No me parece muy oportuna tu manía de quitarte la pintura con mis pañuelos limpios! ¿Trajerou á lo menos la ropa limpia de la lavandera?... ¿No? ¿Qué esperas para mandar al lavado la ropa sucia?... ¿que llegue el día del juicio final?

—Por Dios, Toñín de mi corazón, no le pongas esa cara enfurruñada á tu Gloria linda.

—Me parece que tengo motivo...

—Mañana se entregará la ropa á la lavandera y procuraré no olvidarla ninguna otra semana en el cuarto oscuro... Anda, sonríe á tu nena. Así me gustas. ¡Ah, cuánto quiere Toñín á su Gloria!

—Siempre te sales con la tuya, pícara.

Por la noche, el autor dramático Ricardo y el vago de profesión Maury visitaban á sus amigos como les ocurría á menudo hacerlo...

Gloria y Antonio, que al reconciliarse de la pequeña desviación de la corriente ordinaria, se amaron más, como suele ocurrir á los que



... una prueba de su despreocupación la dió Gloria encendiendo un suave cigarrillo...

se aman y se pelean y luego hacen las paces, y proyectaron hacer muchas cosas para vivir sólo el uno para el otro, recibieron á los íntimos con sumo buen humor. Gloria les explicó el motivo de su alegría:

— ¡He aquí la noticia de última hora: Toño y yo hemos decidido tomar una casa en el cam-



Poco era lo que Gloria...

po... muy lejos de la ciudad y de sus pompas vanas!

— ¡Qué ocurrencia!

— No nos retractamos... Como las esposas de la India, voy á dejar que me entierren viva con mi maridito, en cualquier rincón campesino. Así podrá Antonio terminar su libro en toda quietud y sosiego... Así es que se termi-

narón las fiestas y diversiones hasta que regresemos del campo. ¡Esta noche es la despedida... la última y definitiva!

Durante la velada, Gloria pareció como si quisiera volver á ser la misma de poco tiempo atrás: jugar, divertirse, no reparar en la severa mirada de nadie. ¡Todo lo vulgar la divertía tanto!...

Antonio toleró el desenfreno circunstancial de su esposa, pero cuando serían poco más ó menos las tres de la madrugada se dió cuenta de que no tenía que ser tan considerado con ella y con sus amigos, porque éstos y aquélla no estaban en su cabal juicio.

Momentos después de haber conseguido Antonio que los gorristas le dejaran en paz, tuvo que cargar con el flujo y reflujo de la marea de su esposa, á la que la dió por parecerse á un bebé llorón.

— ¡Nuestras camitas lindas! —lloriqueaba— ¡Qué mustias y solas van á verse, por meses y meses hasta que volvamos!

No eran precisamente las camitas lo que le daba pena á Gloria de abandonar, sino la ciudad de sus fantasías y locuras. ¡Y eso que al principio de proponer Antonio el traslado al campo, Gloria había aceptado la idea con mil amores! Quedaba, pues, demostrado, que en la tierna desposada quedaban aún recuerdos del pasado... y que no era todavía una mujer completa.

Esfumados los vapores de la cena de la víspera, Antonio convenció á su esposa, y partieron ambos hacia el escogido «rincón campesino». En éste, lejos de las estridencias de

la ciudad, Antonio se dedicó con ahinco á su compendio de «Historia de la Humanidad».

La Banda de los íntimos les mandaron varios partes acompañándoles en el sentimiento por el retiro en que vivían, y con destino á Gloria, alguna que otra muñeca y algún juguete, para que se divertiera con ellos

Gloria empezaba á aburrirse y un día se quejó á su marido en esta forma:

—¡No trabajes más hoy! En dos meses no has hecho más que aporrear despiadadamente esa pobre máquina y olvidarte de que tienes á tu Gloria en el mundo.

—Pero, linda mía, ¿no quieres que termine mi libro?

—No piensas más que en tu libraco y en tus historias. ¡Acabaré por tener celos, ea! ¡No tengo á nadie con quien hablar, como no sea con estos estúpidos fantoches! ¡Y estoy de esta vida hasta la coronilla!

—Supongo, queridita, que podrás aguantarte hasta que termine mi obra.

No estaba Gloria muy segura de ello, pero se proponía hacerle posible para seguir aguantando si Antonio se ocupaba más de ella.

*
*
*

En un periódico. Antonio leyó esta crónica:

“ADAM J. PATCH SUFRE UN ATAQUE EN TARRYTOWN QUE PONE EN PELIGRO SU VIDA.

La dolencia que viene padeciendo desde hace algún tiempo el famoso financiero va á tener de un momento á otro un fatal desenlace...”



— Pero, linda mía, ¿no quieres que termine mi libro?

Y, como de costumbre, la noticia trajo por resultado inevitable la casual visita de un nieto *consternado*, que se llevaba un nuevo chasco viendo á su abuelo, no tan fresco como las rosas precisamente, pero muy tranquilo. Ante eso, Antonio se preguntó si no se trataba de una estratagema del viejo para *obligarle á ir á verle*.

Abuelo y nieto hablaron extensamente. El primero terminó su serie de consejos con los siguientes:

—Mira, muchacho. Renuncia á la insensatez de emborronar cuartillas, y te daré una real oportunidad de hacer carrera. Quiero que vayas á Europa con una misión comercial secreta... Desde luego, irás solo... Ten en cuenta que es una verdadera ocasión lo que te ofrezco. Reflexiona... y hazme saber tu decisión.

Antonio había ido á la ciudad con su esposa, dejándola allí, donde ella tenía que hacer varias compras, y regresaba solo al campo, ya tarde, suponiendo que Gloria debía haber vuelto antes que él.

Sin embargo, Gloria se hallaba sólo en camino cuando Antonio llegaba al rincón campesino, é iba en auto, acompañada del empresario Blockman que galantemente se ofreció á ello con su propio coche.

Al mismo tiempo que el auto levantaba una nube de polvo en la carretera, Blockman levantaba un velo del pasado:

—Recuerde, Gloria, que la ofrecí una vez hacerla «estrella» en cualquiera de mis obras.

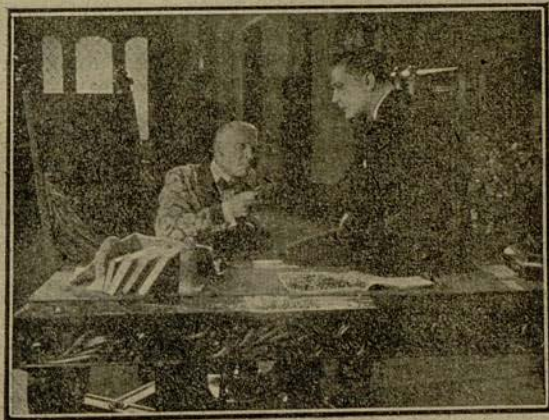
—Ya pasó la oportunidad, amigo.

—Mi exquisita amiga, la oferta sigue en pie... y firme. Espero que reflexionará acerca

de esto... He tenido mucho gusto en tenerla á usted todo ese tiempo á mi lado... Usted lo pase bien.

La despedida había tenido lugar frente á la casita de campo, y Antonio asistió á ella oculto detrás de los cristales de una ventana.

Hubo, como es de suponer, por parte de



—... Desde luego, irás solo...

Antonio, una serie de reproches á Gloria, que le interrumpió como sigue:

—¡No seas ridículo! Me encontré por una verdadera casualidad con Blockman y tanto insistió que me dejé acompañar por él hasta aquí.

Antonio dió fe á la explicación de Gloria, y acto seguido habló él:

—Ya ví al abuelo.

—¡Ah! ¿Y qué? Supongo que como de costumbre los periódicos *exageran* la noticia de su muerte, ¿no es eso?

—El abuelo, en vena de generosidad, se ha descolgado con una oferta que puede representar mucho para nosotros... Quiere que me marche á Europa con cierta misión especial... Desde luego pone por condición el irme solo.

—¿A Europa?... ¿Solo? ¡Nada de eso! ¡O voy contigo ó nos quedamos los dos en esta vieja América!... Si te vas, entonces aceptaré la oferta que acaba de hacerme Blockman.

—Cada vez que quiero hacer algo digno de un hombre, tú me detienes. ¡Eres rémora de mi voluntad, grillete y bala de mis energías!... ¡Eres una calamidad!

—¿Por qué esas palabras feas, nene mío?... ¿Quieres dejar solita á tu Gloria linda, dí, malo, mil veces malo?

—No es que yo quiera, mujer, bien lo sabes, sino que...

—Anda, escríbele al carcamal de tu abuelo que no estás para misiones de confianza. Y yo escribiré á Blockman que busque otra «estrella», que yo guardo mi luz para los ojos de mi maridito.

—Accedo por verte feliz.

—Trabajes ó no trabajes, yo te quiero lo mismo, Toñín de mi alma.

*
**

Una semana después, Adam J. Patch pasaba á mejor vida, llevándose á ella un alma amargamente desengañada.

El notario del difunto informó á Antonio

que su abuelo, en su testamento, le legaba sus bendiciones y la suma de *un dolar*.

Antonio transmitió la desagradable sorpresa á Gloria, protestando enérgicamente:

—¡Desheredado! ¡Ni la muerte mitigó su resentimiento!... ¡Cuando nuestros fondos estaban á punto de agotarse! Es una ignominia... ¡una vergüenza! ¡Nos alzaremos legalmente contra la solidez del testamento y lucharemos hasta el final!

*
**

Antonio y Gloria regresaron á Nueva York.

Mientras se reñía la batalla legal por los millones del viejo Patch y la cuenta corriente de Antonio caminaba velozmente á su total agotamiento, Gloria proseguía su vida de diversión y de despilfarro. Antonio no podía ocultarle por más tiempo la situación en que se encontraban, y se lo iba á decir, no en el «restaurant de donde salían con varios amigos de ambos sexos, sino al llegar á casa, cuando ella dijo á los indicados amigos:

—Vengan dentro de media hora á encontrarnos en el «Montmartre». Nosotros convidamos.

Antonio contuvo su cólera contra la loca mujer, delante de la gente, y al quedarse solos en la calle, la reconvino con rigor:

—¿Pero cómo se te ha ocurrido invitar á toda esa pandilla?

—Son nuestros mejores amigos...

—Bien sabes, sin embargo, que no podemos soportar ese gasto... Estamos poco menos que en bancarrota,

—Hazme el favor de no sermonearme ahora. Ven... Ya nos estarán esperando los amigos.

—¡Tu vendrás á donde yo te diga... ó sea á casa! ¡Y al instantel

—¡No quiero!

—¡Obedece!

—¡Te aborrezco! ¡Te aborrezco, hombre odioso!

—Gloria, basta... Anduvimos los dos ciegos y nuestra ceguera tenía que tener un fin. ¡Te exijo cordura y obediencia! ¡A casa... y pronto á la cama!

Después de una noche de agitado sueño, vinieron horas despejadas de comprensión y de arrepentimiento.

Gloria, apenas despierta, se puso á llorar... Antonio iba á pedirle perdón por sus duras palabras de la víspera; pero fué Gloria quien habló la primera, sin cesar de verter un amargo llanto:

—He sido egoísta y manirrota... y además, como tú bien dijiste, he sido rémora de tu voluntad... grillete que ha encadenado tus mejores impulsos...

—¡Gloria, bien mío, no digas eso!

—Pero de ahora en adelante, Antonio, voy á ser para tí una ayuda y no un obstáculo, una esposa leal y no una compañera de disipación.

Fué un milagro. En efecto, habiendo surgido en ella la verdadera mujer, llena de abnegación y de cariño, Gloria resolvió aligerar á su marido de una buena parte de sus pesadumbres, y el primer paso que hizo en este sentido fué ir al encuentro del empresario Blockman.

—Si su oferta sigue en pie, me gustaría mucho ponerme á trabajar.

—¡Magnífico! Voy á ver en cuál de mis obras encajarán mejor sus facultades y aptitudes. Lo demás será cuestión de poca monta... ¡Sigue usted tan hechicera y hermosa como siempre! ¡Gloria y Perdición en una pieza!...

Entonces fué cuando Gloria, la incauta chiquilla de antes, comprendió los bajos propósitos de Blockman y le indicó discretamente la distancia que debía haber entre ambos.

Como consecuencia inevitable de esto último, el empresario escribió esta significativa carta á Gloria:

“Mi distinguida Señora Patch. Después de detenido estudio he hallado que no hay en ninguna de mis obras papel que encaje dentro de sus apreciab'es aptitudes. Con el mayor sentimiento me ofrezco á sus órdenes, su amigo y servidor

J. P. Bloekman“.

Luego vinieron largos meses de adversidad que sacaron á la superficie todo lo que mejor había en el alma de Gloria, y todo lo que de malo se albergaba en el alma de Antonio, que pasaba la mayor parte del tiempo de bar en bar ó de “concert” en “concert”.

Gloria le llamó cierta vez al orden:

—Antonio, á este paso, pronto nos quedaremos sin un solo céntimo.

Antonio hizo como si no hubiera oído nada, y murmuró entre dientes contra su mala sombra.

¡Cuán diferente este día de aquel tan radiante y alegre... de aquel inolvidable día de Junio, tres años atrás, cuando entre suspiros y besos

se juraban amor eterno «los amantes más grandes de la historia»!

Recordando esa felicidad, Gloria, con la esperanza de despertar gratos recuerdos en Antonio, le dijo:

—Toñín, querido, hoy es el tercer aniversario de nuestra boda. ¿Quieres que lo celebremos yendo a comer en cualquier sitio?

—No podemos permitirnos el lujo de comer fuera de casa, Gloria.... En cuanto a ese dinero que al parecer tenías preparado al efecto, me permitiría a mí realizar un asunto.

—No juegues Toñín.... Además, sé muy bien que jamás ganaremos nuestro pleito. Por favor... ¡ponte a trabajar antes de que se nos vaya el último dólar!

—¡Trabajar! Eterna cantinela... ¿Y tú por qué no trabajas?... ¿No me dijiste que Blockman te iba a dar un papel en una de sus obras, y que te daría el cielo, el mar y las estrellas?...

—Sí... yo lo creí también... pero resultó que no... que no servía.

—Vamos, la verdad es que no quieres trabajar... que prefieres quedarte en casa remoloneando y predicándome. ¡Esa es la pura verdad!

—No, Antonio.... No quise aceptar la oferta de Blockman.... porque... tuvo exigencias... exigencias indignas de un caballero...

—¿Qué?... ¿Por qué no me lo dijiste antes?... ¡A ese canalla le parto el corazón!

—¡No seas imprudente, Toñín!

—Donde lo vea lo mato.

—Calla, exaltado.... Espera.... Alguien ha llamado.... ¡Adelante!

Era el ex-criado de Antonio, el simpaticote

japonés, de cuyos servicios había aquél prescindido, desde algún tiempo, por razón de economía.

Dirigiéndose a ellos, les dijo:

—Usted y la señora hace tres años que se casaron.... Y le traigo estas flores que sé que le gustan mucho a mi patroncita.

—¡Violetas! Gracias, muchas gracias.

Como una puñalada, el recuerdo de unas humildes flores había rasgado las tinieblas de la conciencia de Antonio; y torturado por los remordimientos vagó Antonio horas y horas por las calles de la ciudad, hasta que se detuvo frente a un escaparate donde había expuestas gran variedad de flores entre ellas, violetas, a 25 céntimos el puñado.

¡Violetas! Flores humildes en verdad.... ¡Pero cuántas cosas bellas, puras, ingenuas, iban envueltas en su perfume delicado!

De modo que Antonio adquirió un paquete de las modestas flores, pero antes de llevárselas a Gloria fué en busca de Blockman. Le vió al entrar en su teatro con una dama y le detuvo:

—¡Blockman! ¡Quiero hablar con usted al instante!

—Perdone... pero no me es posible ahora... acompaño a la señora....

—¡No le hace! La señora puede esperarle a usted ahí dentro.... ¿Creía usted insultar a mi esposa impunemente?

Acudieron los empleados del «Varietés», los cuales, poniéndose de parte del empresario mandaron en mitad del arroyo al dolorido Antonio, cuyo principal cuidado fué preservar las violetas del golpe.

Esforzándose por evitar que su rostro revelara el dolor moral y material que acababa de sufrir, por el amor y el honor de Gloria, Antonio regresó a su casa y obsequió a su esposa con las violetas, devolviéndole además el dinero que le pidiera antes.

—¡Toñín, alma de mi alma! Sabía yo muy bien que te acordarías.

—Perdóname, Gloria... Voy a ser otro... Voy a trabajar... Así el abuelo me perdonará también desde arriba.

*
**

Poco después, y como una recompensa caída del cielo para premiar la completa regeneración de Antonio, apareció en letras de molde esta sensacional comunicación:

"Antonio Patch gana los millones de su abuelo.

Después de dos años de enconado litigio, el Tribunal Supremo ha dictado hoy una disposición declarando a Antonio Patch heredero universal de la colosal fortuna dejada por su abuelo Adam J. Patch."

*
**

Antonio besó a su esposa en la frente, la aprisionó todo ternura en sus brazos, junto a su pecho, y la musitó lleno de amor y gratitud:

—¡Gloria de mis ojos y de mi alma! He ganado la batalla contra mí mismo, y de hoy en adelante trataré de hacerme digno de nuestra buena fortuna, *DE TI!*

FIN.

PRÓXIMO NUMERO:

El magnífico asunto de la película

Contra viento y marea

adaptada de la célebre obra francesa

"VENT DE BOUT"

Interpretada por el genial artista

LEON MATHOT

POSTAL-FOTOGRAFÍA:

LEATRICE JOY

Precio 25 cts.

Sale todos los miércoles

¿Ha adquirido Vd. ya nuestro
número extraordinario 51,
La Rosa de Nueva York?

===== TALLERES GRÁFICOS =====
E. VERDAGUER MORERA
===== Topete, 2 al 16—TARRASA =====

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Números publicados

1, No hay juegos con el amor (3 ediciones). 2, El Valle Florido. 3, Amor de madre. 4, La Virgen de las Rosas. 5, La culpa ajena. 6, De hombre a hombre. 7, Una mujer. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario). 9, Desinterés. 10, El Hábito. 11, Jimmy Sansom, El Aventurero. 12, La primera novia. 13, El pequeño Lord Fauntleroy (primera jornada). 14, El pequeño Lord Fauntleroy (segunda jornada). 15, La tormenta. 16, Flor de amor. 17, La Pantera Negra. 18, Bajo dos banderas. 19, Corazón de lobo. 20, Sueños juveniles. 21, El mundo y la mujer. 22, Corazones humanos. 23, El premio gordo. 24, La desconocida. 25, Robín de los bosques (extraordinario). 26, La Verdad Desnuda. 27, El octavo no mentir. 28, Cleo la francesita. 29, La hija del pasado. 30, La chica del taxi. 31, La hija de los traperos. 32, El príncipe escultor. 33, Llovido del cielo. 34, Mujeres frívolas. 35, Al calor del hogar. 36, Sapho. 37, Directo de París. 38, Lo que vale una mujer. 39, El Valle de los Gigantes. 40, La sombra del padre. 41, Madame Morland (extraordinario). 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario). 52, El precio de la belleza.

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry. 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi.